

1975

El intelectual hispanoamericano y su suerte en Chile

Robert G. Mead Jr.

Citas recomendadas

Mead, Robert G. Jr. (Otoño 1975) "El intelectual hispanoamericano y su suerte en Chile," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 2, Article 12.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss2/12>

El intelectual Hispanoamericano y su suerte en Chile

Robert G. Mead, Jr.
University of Connecticut

La palabra "intelectual" es poco popular, muy ambigua y frecuentemente despectiva. Aquí la empleamos por conveniencia y para significar escritor, crítico, universitario, lector culto, etc. El intelectual en Hispanoamérica, como su contraparte en Europa, siempre ha gozado de bastante prestigio—indudablemente más que el intelectual en los Estados Unidos—durante los siglos XIX y XX. Su posición es tradicional y casi todo el mundo, en grado mayor o menor, respeta su cultura y su función de fuente, defensor y, a veces, agitador de ideas. Los tiranos lo temen, los presidentes conservadores buscan su apoyo, no siempre con éxito, y los gobiernos más liberales reciben el apoyo directo o indirecto de muchos intelectuales. Tal conducta se entiende fácilmente: puesto que el intelectual, con raras excepciones, cree en la gestación y la difusión de las ideas en la más completa libertad, es natural que se sienta atraído a los ideales y, con frecuencia, a los gobiernos democráticos, constitucionales y liberales aunque muchas veces sin ser partidario de estos últimos. Excelentes ejemplos de este fenómeno son los grandes intelectuales que prepararon el movimiento independentista y ayudaron a Bolívar y San Martín en la lucha contra España, y otra muestra se encuentra en la labor de los conocidos pensadores unitarios y antirrosistas de la Argentina (Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Mármol, Gutiérrez). Y éstos son sólo dos casos entre los muchos que se podrían citar. También, al contrario de lo que suele ocurrir en los Estados Unidos, en todos los países hispanoamericanos varios de sus embajadores, ministros y cónsules han sido poetas, novelistas y hombres y hasta mujeres de letras.

Ahora bien, nada de lo antedicho pretende afirmar que el intelectual haya ejercido una influencia directa y poderosa en la política de su país, y nunca una influencia comparable a la de los militares o tiranos civiles que han sido tan abundantes en varias naciones hispanoamericanas. No: la influencia del intelectual casi siempre se limita al reino de las ideas, a una paciente labor de investigación y meditación sobre los grandes y perdurables problemas del país para luego exponerlos, a veces apasionadamente, ante la conciencia nacional en la esperanza de que los dueños del poder sepan encontrar soluciones liberales y humanitarias, para el bien de todos. En general, los intelectuales hispanoamericanos sean de tendencias liberales, socialistas y hasta anarquistas han sido idealistas que

se han aferrado a la creencia de Domingo Faustino Sarmiento (inspirado, a su vez, en Víctor Hugo y el racionalismo del siglo XVIII) que no hay fuerza humana más poderosa que una gran idea "cuya hora ha llegado."

Claro, el intelectual pocas veces es un "hombre de acción" y el valor relativo del "hombre de ideas" comparado con el del hombre "de acción" parece constituir una polémica tan antigua como la historia humana. Y el escritor o intelectual puede encontrarse en otras situaciones tristes y aun trágicas, situaciones apenas vislumbradas por el gran público. A esta posibilidad se refiere el novelista peruano Mario Vargas Llosa al comentar la novela *Persona non grata* de Jorge Edwards, chileno que sirvió de Encargado de Negocios en la Cuba fidelista (Plural, México, diciembre de 1974, pp. 74-77). Vargas Llosa escribe del deseo de muchos escritores, ante un movimiento popular triunfador, de participar en "el proceso histórico," de no marginarse del gran cambio social que se opera, y pensar en "la conveniencia de llegar a una gran audiencia nacional a través de los grandes medios de comunicación," y no "dejar en manos irresponsables esta misión. . .". Recalca Vargas Llosa cómo dichos intelectuales se dejan seducir "por la ilusión de formar parte del engranaje fascinante del poder" y pronto encuentran que terminan siendo, volens-nolens, campeones y defensores del régimen. Pero no hay salvación, piensa Vargas Llosa, ni para los intelectuales libertarios que no se dejan engañar: "Lo trágico es que el escritor que, consciente del peligro mortal que para su oficio entraña el perder la distancia frente al poder y volverse, como dice Edwards, un escritor instrumental, se margina, no está de ninguna manera a salvo. Al contrario, puede ocurrirle algo peor que a aquel que pacta o se vende. No corre sólo el riesgo de vivir muy mal (en el socialismo no se morirá de hambre, pero la perspectiva de malvivir, de no ser publicado o serlo tarde, mal y nunca, la de renunciar a viajar es poco estimulante), sino, al convertirse en una especie de apestado a quien los escritores-funcionarios odian porque su sola presencia les resulta acusatoria, puede generar una verdadera psicosis que paraliza y destruye su vocación." Como se ve, la autonomía del intelectual es la mayor de sus virtudes pero una vida virtuosa no le es ninguna garantía de la felicidad.

En los dos últimos siglos, salvo algunos períodos excepcionales, el pueblo chileno pudo gozar de un general desarrollo nacional cada vez más sólido y democrático. Subía el nivel de la educación nacional y con el paso del tiempo aumentaba la participación directa del pueblo en el proceso electoral. El

progreso chileno no era tan rápido y espectacular como el de algunos otros países hispanoamericanos, pero sí era firme y continuo, Y los intelectuales nacionales (y otros como el insigne venezolano Andrés Bello) contribuyeron grandemente a tal progreso en la educación popular y universitaria, en la industria editorial y en la publicación de periódicos tan excelentes como El Mercurio y revistas satíricas tan renombradas como El Topaze. Chile se ganó la reputación de ser una nación estable de aguda conciencia política y de gran promesa democrática para el porvenir. Claro, no era ninguna Utopía. Alternaban en el poder mandatarios autocráticos y democráticos, había pobres, y no pocos, y los ricos eran dueños de la mayoría de la riqueza nacional—tierra e industrias. Y la intervención del capital extranjero en la industria del cobre, por ejemplo, era dominante, sujetando así al país a los altibajos del mercado mundial. Los capitalistas y el gobierno nacionales y los empresarios extranjeros se entendían para su beneficio mutuo más que para el bien del pueblo. Pero existían partidos políticos de derecha y de izquierda y se debatían todos los grandes problemas nacionales y mundiales con vigor y libertad. El ambiente, sí, era liberal y burgués y los derechos de la propiedad a veces importaban más que los derechos del hombre (sobre todo, si éste era pobre). Y la gran mayoría de los intelectuales chilenos sin duda estaba más orientada hacia los valores liberales y burgueses que los intereses de la masa popular, a la cual apenas conocía. Pero, por nuestra desgracia, hasta ahora en la historia humana no es cosa fácil en ninguna nación que se conozcan y se estimen los intelectuales y los obreros y campesinos.

La llegada de Salvador Allende al poder in 1970 para mí significa un cambio muy importante en la orientación y actuación de los intelectuales chilenos. Por primera vez en la historia nacional núcleos considerables de intelectuales comenzaron a interesarse por la suerte de las masas populares y pensar en cómo entablar relaciones con ellas con miras de mejorar su destino. ¡Difícil tarea para gentes de tanta buena voluntad y tan poca preparación! Pero con la ayuda o el consentimiento del gobierno, se iniciaron medidas en las cuales podían intervenir los intelectuales. Se intensificó la aplicación de estudios populares, sobre todo los programas para el proletariado, se lanzaron grandes tirajes de obras clásicas universales y nacionales que alcanzaron 50 mil y hasta 100 mil ejemplares, se establecieron centros populares para la distribución del libro a precios baratos, se fomentó la televisión educacional, se organizaron congresos y reuniones de escritores y críticos nacionales y extranjeros, se fundaron

revistas en que se ventilaban hondos y variados problemas de ideas, teóricos y prácticos, incluso el de la explotación mutua de los recursos nacionales por la oligarquía nativa en cooperación con los grandes intereses extranjeros. En fin, se pudo alcanzar un grado de fermento activo por parte de los intelectuales, sobre todo entre los jóvenes intelectuales, inusitado hasta entonces en Chile. Claro, mucha de esta actividad era marxista en su orientación, pero no toda. Lo que más importa es que existiera y progresara, encontrando un clima nuevo y propicio a pesar de los problemas cada vez más graves para el régimen de Allende, y que representara un amplio esfuerzo de tantos intelectuales.

Cayó Allende y se ha impuesto una dictadura militar cruel y obscurantista en Chile. Ha habido una ciega ola revanchista impulsada por el gobierno, miles de chilenos han muerto fusilados y otros padecen en cárceles y prisiones, y todavía otros miles han salido del país. Entre los muertos y exiliados se encuentran no pocos de los mismos intelectuales que hace un par de años se dedicaban briosos y optimistas a las actividades benéficas que acabo de enumerar. Para mí, entonces, una de las consecuencias menos obvias pero más trágicas de la caída de Allende es la destrucción de esta nueva posibilidad de un acercamiento entre los intelectuales y las masas populares. La dictadura militar y la mordaza que ésta impone a la libre expresión de ideas significa un estancamiento casi total y probablemente de larga duración a la nascente integración entre dos importantes sectores de la sociedad chilena—una integración que con el transcurso de los años habría beneficiado a todos los sectores de la nación tanto en el reino de las ideas y del espíritu como en el teatro de la nación.